

secuciones y la envidia tuvo ocasion este hombre de columbrar una especie de culto político tributado espontáneamente á su mérito. Calcúlese por aquí el efecto que debieron producir en el auditorio las ideas con que termina el pasaje, esta consagracion al estudio de los grandes caracteres que le ofrecia la antigüedad, esta meditacion constante que habia sostenido su carácter y fortalecido su espíritu cuando se hallaba al frente de la república para dirigirla.

Sin embargo de todo esto, teme haber incurrido en una exageracion peligrosa, recela haber dicho demasiado de las letras; y descando no dejar motivo alguno que inspire la menor desconfianza respecto de sus principios, se propone él mismo la objecion y la satisface con tanta elocuencia como filosofía.

“Pero ¡qué! me dirá alguno, ¡esos mismos varones consumados cuyas virtudes han sido reveladas al mundo por las letras, poseian por ventura estos conocimientos que tú exaltas con tus alabanzas!—Aunque tengo por cosa difícil asegurarlo de todos, no vacilo en lo que debo responder. Confieso que han existido muchos hombres de grande entendimiento y excelentes virtudes, que sin el auxilio del arte y por la disposicion casi divina de su misma naturaleza han sido eminentes y justos por sí mismos. A esto pudiera yo añadir todavía, que un feliz natural sin el estudio ha contribuido mas frecuentemente á la gloria y á la virtud, que el estudio sin la naturaleza; pero así mismo sostengo que cuando á un insigne y esclarecido talento se junta cierto fondo de instruccion y cierto sistema de conocimientos, suele resultar de aquí un no sé qué de sublime y único entre los hombres. A este número pertenecen: aquel hombre casi divino á quien conocieron nuestros padres, Scipion el Africano; Cayo Lelio y Lucio Furio ejemplos de moderacion y de virtud; y aquel prodigio de fortaleza, aquel varon tan sabio que no tuvo rival en su siglo, el viejo Caton. Si á juicio de tan grandes hombres ningunos medios proporcionasen las letras para llegar al conocimiento y á la práctica de la virtud, jamas se hubieran dedicado todos con tanto empeño á cultivarlas.”

Despues de habernos hecho sentir la utilidad é importancia de la bella literatura, gusta de presentarla delante de su auditorio como el mas noble de todos los recreos y como la mejor compañera del hombre en todas las situaciones de la vida. “Los demas placeres ni son de todas las circunstancias, ni de todos los paises, ni de todas las épocas de la vida; mui al contrario sucede con las letras, que alimentan

“la juventud, encantan la vejez, adornan la prosperidad, abren al infortunio un asilo donde viene á encontrar el consuelo; nos deleitan en la casa, no nos embarazan fuera de ella, nos acompañan en nuestras vigiliass, nos siguen en nuestros viages, nos embelesan en la campiña.”

¡Cuántas bellezas mil veces notadas y mil veces repetidas, siempre antiguas y siempre nuevas; y que ligadas intimamente con la historia de nuestros goces, se reproducen siempre con nuevos y brillantes atractivos, con cierto encanto indefinido que no acertamos á explicar!

Una ojeada rapidísima sobre el hombre basta para descubrir por todas partes los límites del placer. Nada es parte á contentar la avidéz inmensa de nuestro corazon, ninguna alegría conserva sus prestigios; y los placeres comunes de la vida envejecen con nosotros. La infancia vuela y arrastra consigo sus inocentes juegos; huye la juventud, y cede el campo, donde ántes se animaba para divertirla el gran teatro de las ilusiones, á los roedores cuidados de la codicia, de la ambicion, de los empleos y de todas las cosas que ocupan la edad madura; la vejez entre tanto nos arrebató el aspecto del hombre formado, y entristece y angustia nuestro corazon al presentársenos á la vista circundada de dolores y de afanes, acosada por la ruindad mezquina, siempre dominada por la sospecha, siempre irresoluta por la desconfianza, siempre tímida é inerte. ¡Dónde está pues el placer! ¡Ah! No le busquéis en las tendencias de los sentidos, en la satisfaccion de los deseos ménos nobles; sino en la perfeccion del hombre moral, en el cultivo de la razon, en la riqueza del entendimiento, en la fuente pura de las memorias literarias. La literatura, convidando á todas las edades con mil placeres que se engendran sin interrupcion y se suceden sin semejanza, derrama sobre la vida un encanto tan sublime, que nunca pueden prevalecer contra él ni los embates de las pasiones, ni los dardos del dolor, ni todas las amarguras de la adversidad. Ved al jóven prudente, previsivo, ocupado en atesorar conocimientos útiles; extasiado con la perspectiva de la gloria; superior á los goces mezquinos y reprobados; tributando un culto apasionado á los grandes modelos; registrando la lira de Pindaro y de Horacio, elevándose con los cantos de Homero y de Virgilio, y participando tal vez con Demóstenes y Marco Tulio de aquellos nobles sentimientos que immortalizaron á las antiguas repúblicas. ¡Dónde ha encontrado el origen de placeres tan deliciosos! En las letras, responderá él, que han sido mi ordinario alimento: *adolescensiam alunt*.

¿Qué importan al anciano los horrores del sepulcro, cuando se animan sin cesar á su presencia las memorias de una vida magnánima cuya senda está regada de laureles? Dejemos al viejo inútil helar nuestra alma con el frío de la muerte, aislarse en el rincón de su retiro presenciando este espectáculo bien triste; el jóven que le abandona, el hombre que le compadece, el fastidio que le consume y el círculo de sus sentimientos y de sus ideas que se recoge y estrecha sin cesar: porque arrebatada de preferencia nuestras miradas ese otro que ha comprado con las lecciones sublimes de su sabiduría el augusto título de venerable: las fuerzas corporales retardan ya sus pasos; pero no importa, porque siempre habituado á buscar en el fondo de su alma la fuente del placer, goza superabundantemente en el silencio de su misma quietud: no puede ya desafiar las tempestades del Océano para ir á buscar la sabiduría en el comercio de otros hombres; pero no importa, pues al noble impulso de sus deseos, le sorprende luego en su pacífico retiro la inmensa comitiva de los poetas, de los oradores, de los sabios, en fin, de todos los pueblos y de todos los países: su edad no es una barrera que se levanta entre él y la nueva generacion en que vive: su noble aspecto atrae la risa de la inocencia, y el niño se duerme sin zozobra en sus brazos: todos los jóvenes vienen á sentarse al rededor de él; y le estrechan y le urgen para que derrame entre ellos los encantos de sus memorias: el guerrero aguarda su aprobacion para partir á los combates: el hombre de estado recoge incesantemente de sus labios las máximas de la prudencia: el sabio laborioso somete á su calificacion los resultados de sus tareas, y el humanista proclama por todas partes la soberanía de su crítica. "Todo en él es venerable, noble, apacible; su cabellera, su barba blanca, su ademan dulce y grave, la benevolencia de sus miradas, la serenidad de su frente espaciosa y despoblada donde la virtud parece haber grabado sus máximas. Esta vejez hermosa, como advierte Segur, léjos de inspirar el espanto y excitar el disgusto, atrae tan bien el amor, y exige de tal modo el respeto, que la imaginacion religiosa de los hombres la ha escogido por imagen, cuando ha querido representarse al Eterno." Tal se muestra á nosotros el primer filósofo de Aténas en el instante en que muere por la verdad. Tal es el triunfo de la sabiduría, tan incomparables así los encantos que la literatura vierte en el seno de la ancianidad. *Senectutem oblectant.*

Si de aquí pasamos á considerar el influjo de la literatura en los plausibles sucesos de la vida, basta recordar que

nunca nos parece tan grande la prosperidad como cuando derraman sobre ella todo su esplendor las letras y las artes. Pericles no habria dado ciertamente su nombre á su siglo, si Aténas hubiera visto en él única y exclusivamente al genio de la guerra y al árbitro de sus destinos; pero tan hábil político, como excelente orador y amigo de las bellas artes, recibia el reflejo brillantísimo del Liceo y los homenajes de Sófocles y Fídias. El concurso feliz de los talentos militares con el genio de la historia conservan la preeminencia de César entre los capitanes ilustres; y si Alejandro y Napoleon nos parecen rivales de su celebridad en la guerra, ninguno por cierto podrá eclipsar su gloria, que tanto resplandece en el maravilloso conjunto de su espada y literatura. El nombre de Mecénas ha llegado á la posteridad con tal aparato de magnificencia ménos por el favor de Augusto y los honores de Ministro que por haber dividido con Virgilio y Horacio la gloria de la poesía con el mas brillante ejemplo de proteccion á tan excelentes estudios. Así es como adorna la bella literatura los acontecimientos mas faustos de la vida. *Secundas res oriunt.*

¿Y qué será del hombre á quien oprime el yugo de la adversidad, si no cuenta con el socorro de las letras? ¡Ay! abandonado tiránicamente á sus dolores, verá declinar en un momento la luz de su existencia, si no es que ciego por la desesperacion desconozca el alto precio de la virtud perseguida, y se entre por la senda escabrosa del crimen para rivalizar con sus enemigos. Pero considerémosle cuando está poseida su alma de grandes pensamientos, y ofrecerá entónces á nuestra vista mil espectáculos maravillosos y sublimes. Tal vez desde el centro de un calabozo hará salir una obra inmortal que recuerde su nombre á todas las edades, y divierta á todo el género humano con la pintura de un extravagante aventurero que se esfuerza en perpetuar con su ejemplo las ideas caballerescas de la edad média. Tal vez en el instante mismo en que la sociedad le desprecia y los amigos le abandonan, su alma se eleva á contemplaciones sublimes; la inspiracion se apodera de él y le hace correr en espíritu regiones desconocidas, "el infierno se presentará á sus ojos bajo los colores del destierro,"¹ y entónces sorprenderá al mundo con un poema divino, y la gloria se le anunciará mui léjos de la patria. Vanos son los conatos de la persecucion para agobiar su espíritu, vanos los artificios bajos de la envidia para cegarle la fuente de los placeres:

1 Madama de Staël. Alusion al Dante en el primer canto de Corina.

pues mientras el desprecio de las cortes, la indiferencia del pueblo, las calumnias de sus rivales, la indignancia y el destierro mismo parecen adelantarse á decirle que ya no hai asilo ni esperanza; una voz augusta y soberana, la voz de la elocuencia, le dice: "¿Qué son vuestros enemigos cerca de la verdad? Eterna, mientras todo lo demas es pasajero, ella es el alimento de nuestro genio y el apoyo de vuestros trabajos. Millares de hombres insensatos, indiferentes ó bárbaros os persiguen ó desprecian; pero al mismo tiempo hai muchas almas que se corresponden con las vuestras desde un extremo al otro de la tierra. Tened presente que ellos padecen y piensan con vosotros; que los Sócrates y Platones, muertos hace dos mil años, son vuestros amigos. No formáis ya sino un solo pueblo y una sola familia con todos los grandes hombres que han existido ó existirán; no estáis condenados á vivir en un solo punto del espacio ó del tiempo; vivís para todos los países y para todos los siglos, y vuestra vida se extiende mas allá que la del género humano." ¹ Dueños sois de la virtud y de la gloria, inestimable recompensa de las almas grandes: ¿qué son pues, comparados con ella, todos los tormentos del cuerpo, todas las amarguras de la adversidad, ni los peligros mismos de la muerte ó del destierro? Esta perspectiva de gloria, estos encantos de la virtud, que se conocen á favor de las letras; he aquí lo que basta para disminuir y aun hacer olvidar las vicisitudes mas penosas de la vida. *Adversis perfugium ac solatium præbent.*

"Pero la literatura enemiga del mando, que acarrea tan amargos sinsabores, y amartelada de la dulce independencia, se acomoda mucho mejor con la vida privada; y en ella se recrea, y en ella ejerce y desenvuelve sus gracias. *Ved si no al hombre que por inclinacion natural ó por huir del estúpido silencio, de la grosera chocarrería, ó de la ruin maledicencia, se acoge á su dulce retiro: seguidle allí, y veréis cuántos encantos tiene para él la soledad. Allí, restituído á sí mismo, al estudio y la contemplacion que hacen su delicia, encuentra aquel inocente placer, cuya dulzura solo es dado sentir á los amantes de las letras. Allí, en amable comercio con las musas, pasa independientemente y tranquilo las plácidas horas, rodeado de los ilustres genios que las han cultivado en todas las edades. Allí sobre todo ejercita su imaginacion, y allí es donde esta imperiosa facultad del espíritu humano, volando libremente*

¹ Thomas. Eloge de Descartes.

"te por todas partes, llena su alma de grandes ideas y sentimientos: ya la eternece ó eleva, ya la commueve ó inflama, hasta que arrebatándola sobre las alas del fogoso entusiasmo, la levanta sobre toda la naturaleza á un nuevo universo lleno de maravillas y de encantos, donde se goza extasiada entre los entes imaginarios que ella misma ha creado." ¹ ¡Tan puros é inefables son los placeres que la literatura derrama bajo el techo doméstico! *Delectant domi.*

No se contenta el orador con decir que la literatura nos deleita en la casa, (*domi*) pues añade que no nos embaraza fuera de ella (*non impediunt foris.*) Este pensamiento, que á primera vista no tiene derecho alguno para llamar la atencion, encierra un sentido tan profundo, y supone un contraste tan bello que nos vemos obligados irresistiblemente á analizarle. Reflexionemos que el orador viene presentando las letras por un aspecto puramente grato, é intenta demostrar que aun cuando ellas no rindiesen frutos tan copiosos para la utilidad, (*quod si non hic tantus fructus ostenderetur*) ni se buscara en su cultivo mas objeto que el placer, (*et si ex his studiis delectatio sola peteretur*) debia sin embargo reputarse esta noble recreacion del espíritu como la mas digna del hombre, (*humanissimam*) la mas ilustre y magnífica de todas (*liberalissimam.*) Ha hecho mencion de los otros placeres, y ve que son cada uno en su género muy limitados y no pueden convenir á todas las circunstancias, ni á todas las edades, ni á todas las situaciones: (*Nam ceteræ neque temporum sunt, neque ætatum omnium, neque locorum.*) Pasa de aquí á manifestar del modo mas bello lo universal é indefinido de los placeres literarios: tan dulces é intensos para el jóven como para el anciano, se gozan igualmente en todas las edades de la vida: magníficas cuando el hombre disfruta los favores de la fortuna; tiernas, suaves, amigas y en extremo consoladoras cuando gime bajo el peso de la desgracia, nos hacen ver que saben avenirse con todas las circunstancias y vicisitudes del hombre, (*omnium temporum*) y que encantan de mil maneras siempre gratas nuestro retiro (*domi.*) Pero vamos á salir de este retiro, ó bien para respirar el aire puro de los campos, ó bien para visitar otros pueblos y tratar con otros hombres. ¡Las dejaremos en nuestra casa! ¡Ah! ¡Cómo resolvernos á esto, habituados á disfrutar de sus encantos! ¡Mas por ventura

¹ Jovellanos. Discurso sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura con el de las ciencias.

necesitamos vencer grandes obstáculos para llevarlas con nosotros! Esto, sería infalible si tratáramos de los otros placeres. Imagínese el mas simple de todos, el que consiste solo en hacer ménos incómoda nuestra marcha: ¿qué de embarazos, qué de estorbos! ¿Qué sería pues si tratásemos de los otros deleites! Pero las letras, que enriquecen el talento y la imaginación, que difunden por el alma un bienestar muy grato, las dulces y caras memorias, las bellas y grandiosas imágenes con que se engalana la poesía para cautivar nuestro corazón, lejos de embarazar nuestra marcha, la sostienen con agrado, viven con nosotros y forman una parte de nuestro ser. ¡Admirable contraste! Sin ser de todos los tiempos ni de todas las edades, los otros deleites se compran casi por lo comun á costa de grandes sacrificios; dependen de mil circunstancias diversas que no siempre están de nuestra parte; nos arrebatan nuestra independencia y embarazan y atacan de mil maneras nuestro albedrío; al paso que las letras, cuyos placeres son tan sólidos, universales é indefinidos, nos acompañan siempre, se confunden con nuestra esencia y no exigen para trasladarse con nosotros ni el mas ligero sacrificio. *Non impediunt foris.* Dígase que nos encantan, embelesan, trasportan fuera de nuestra casa; y el pensamiento quedará privado de su parte mas bella, de este feliz contraste que acaba de establecer su excelencia suprema sobre toda clase de goces.

Si nos abandonamos al descanso del sueño, este se transforma en dulce, benéfico y atractivo: no es el pesado sopor que embarga totalmente al hombre rústico, sino un arrobamiento suave y delicioso, que dando al cuerpo cuanto necesita para reponerse de las fatigas del día, le deja al alma todo su imperio; y entonces es cuando se sueña en un hermoso y desconocido universo, cuando sus ideas se combinan de mil maneras agradables y cuando la imaginación, este prisma del alma, le presenta los objetos que conoce, bajo mil frescos y variados colores y bajo un aspecto sorprendente y casi divino. ¡Cuántas bellas inspiraciones no deberá el poeta á los prestigios inexplicables de un sueño! ¡Cuántos movimientos sublimes no habrá sacado el orador de esta misma fuente!

¡Y no reemplazan también estos estudios al sueño en los instantes de la vigilia! ¡No tienen cierto mágico poder para difundir en el alma y en los sentidos un arrobamiento feliz que nos arrebatara la idea del tiempo que pasamos en tan atractivo desvelo! Tan agradables cuando sostienen el pensamiento con la realidad, como cuando le embelesan con

gratas ilusiones, las letras animan el universo todo en los instantes mismos en que la naturaleza reposa, y en que los hombres todos rendidos del cansancio y la fatiga, olvidan sus cuidados y están sumergidos en el mas profundo letargo. *Pernocant nobiscum.*

Cuando viajamos solos, nada dicen á nuestra razón los diversos objetos que descubrimos en el tránsito: mudas están para nosotros las bellas artes, muda también la naturaleza toda, y el único fruto de una larga peregrinación está reducido al aire que respiramos y á la impresión vaga, confusa y fugitiva de los nuevos objetos. No sucede lo mismo cuando las letras nos acompañan, porque entonces todo está vivo para la imaginación, todo está lleno para el hombre. Un horizonte terminado á lo lejos con montañas de nieve, el suave y bellissimo aspecto de la autora, la melancólica y sublime imagen del ocaso, la pureza de un cielo apacible, las montañas escabrosas, las agitaciones continuas del océano, su inmensidad y grandeza; todo eleva el alma á los mas altos pensamientos, todo la enriquece con ideas magníficas, todo la trasporta con sentimientos inefables. Entre tanto, se sorprende sin percibirlo al cabo de su carrera; y después de haber admirado en diferentes pueblos las maravillas de las artes, las diferencias de los usos, el sistema de los gobiernos y la índole de las naciones, vuelve por fin á su patria embriagado de placeres y cargado de importantes descubrimientos, de útiles verdades, de sublimes creaciones, de nuevos y generosos designios. Así es como las letras viajan con nosotros (*peregrinantur.*)

Pero donde la literatura franquea mas particularmente sus amables atractivos, es en aquellos momentos de la vida en que fastidiados con el eterno bullicio de las ciudades, con la servidumbre de la etiqueta y los molestos y pesados negocios, volamos á la solitaria campiña. Allí recordamos con el mayor placer la dicha inefable de Titiro y los infortunios de Melibeo. Las doradas espigas, la miel sabrosa de los panales, las claras fuentes y corrientes rios, las anchas y livianas cortezas, nos pintan y retratan aquellos dichosos siglos á quien los antiguos pusieron el nombre de dorados. Allí sube maravillosamente el precio de los pensamientos grandiosos: allí ostenta mejor el espíritu su angusta soberanía: los libros, estos amigos fieles, tienen un no sé qué de nuevo y sorprendente en medio de los campos. El alma se siente mas inclinada á la virtud cuando contempla la frescura de una mañana de primavera, la tarde silenciosa y sublime, el ruido misterioso del bosque lejano y el apacible y grato mur-

murio de la fuente vecina: allí es donde esta emanacion purísima de Dios, se allega mas íntimamente al trono en que reside, y conversa y trata mas al rei de la naturaleza, y donde el himno de la mañana y el cántico de la noche, escapándose de la lira, vuelan con el gorgojo de las aves á llevar los dulces tributos del hombre y la naturaleza al Padre de la creacion. ¡Quién entónces, al volver de su retiro campes-tre, no exclama con Horacio:

*¡O rus! ¡quando ego te aspiciam, quandoque licebit,
Nunc veterum libris, nunc somno et inertibus horis,
Ducere sollicita jucunda oblivia vite?*

HORACIO.

¡Cuándo á ver tornaré tu alegre suelo,
Quinta feliz, ó se dará á mi anhelo
De la antigüedad sábia en la lectura,
O en el sueño ó el ócio adormecido,
De aquesta vida fatigante y dura
Gustar en fin el delicioso olvido!

TRADUCCION DE BURGOS.

¡Será extraño, á vista de cuanto acaba de exponerse, que el pensamiento de Ciceron no haya perdido despues de tantos siglos uno solo de sus encantos! Ninguno hai medianamente versado que no le tenga en la memoria y lo repita siempre con un trasporte inexplicable, y que no le considere como la divisa de la bella literatura. El es, digámoslo así, el gran pórtico de las letras: porque comprende con admirable concision y suprema energía, todos sus bellos atributos, todos sus primores exquisitos y todos los atractivos con que brindan á la juventud que se forma en el estudio de las ciencias. ¡Qué de imitaciones excelentes de este pasaje no cuenta la elocuencia académica y la poesia! Hemos tenido ya ocasion de citar algunos trozos escogidos de Maury, Tomás y Jovellanos: veamos ahora uno en que Delille presenta con todo el ornato de su rica imaginacion, el pensamiento del orador romano.

Beaux-arts! eh! dans quel lieu n'avez-vous droit de plaire!
Est-il á votre joie une joie étrangère!
Non: le sage vous doit ses moments les plus doux:
Il s'endort dans vos bras, il s'éveille avec vous.
Que dis-je! autour de lui tandis que tout sommeille,
La lampe inspiratrice éclaire encor sa veille.

Vous consolez ses maux, vous parez son bonheur;
Vous êtes ses trésors, vous êtes son honneur,
L'amour de ses beaux ans, l'espoir de son vieil âge,
Les compagnons des champs, ses amis de voyage;
Et de paix, de vertus, d'études entouré,
L'exil même avec vous est un abri sacré.
Tel l'orateur romain, dans les bois de Tuscule,
Oubliait Rome ingrate, &c.

L'HOMME DES CHAMPS. CHANT PREMIER.

¡En qué sitio el derecho, bellas artes,
No tenéis de agradar! ¡Hai gozo alguno
Extraño á vuestro gozo! No: á vosotras
Sus instantes mas dulces debe el sabio,
En vuestros brazos gusta el grato sueño,
Despierta con vosotras. ¡Mas qué digo!
Mientras que todo duerme de él en torno,
La antorcha fiel de inspiracion sublime
En su vigilia todavía le alumbra.
Sus males consoláis; ornáis su dicha:
Sois vosotras su honor y sus tesoros;
Sois el amor de sus hermosos dias,
Y la esperanza de sus viejos años:
Sus compañeras sois en la campiña,
Y tambien sus amigas en el viaje.
Y de paz, de virtudes, y de estudios
Rodeado sin cesar, aun el destierro
Es con vosotras un abrigo sacro.
Así de Túsculo en los caros bosques
A Roma ingrata Ciceron olvida.

Despues de haber ostentado de un modo tan feliz los timbres de la bella literatura, tiene por lo mismo el orador mucha razon de concluir que aun cuando no pudiésemos elevarnos á tan grande altura, ni participar de sus encantos por nosotros mismos, deberíamos admirar tan preciosos talentos con solo verlos en los otros: *quod si ipsi hac neque attingere, neque sensu nostro gustare possemus; tamen ea mirari deberemus, etiam cum in aliis videremus.* Esta observacion es tan importante como ingeniosa. Debe suponerse que en el auditorio habia muchas gentes iliteratas, las cuales, viendole hacer el elogio de las bellas letras, se creirian exoneradas de tomar en ellas el interes que pretendia inspirar el orador, á causa de no creerse comprendidas entre quienes gustaban de ellas por utilidad ó placer. Pero esta excusa deja

de tener lugar desde que se anuncia, como una consecuencia precisa de lo expuesto, que aun cuando no seamos capaces de apreciar por nosotros mismos el mérito de la literatura, debemos admirar sin embargo de esto á los grandes hombres que la poseen. Esto se confirma con el ejemplo de Roscio, habilísimo actor, el cual habia cautivado tanto con su talento á los romanos, que á su juicio no hubiera debido morir nunca. Justa era la estimacion que hacian de este hombre, aunque todo su mérito consistia en los movimientos del cuerpo: ¿cuánto mas derecho no debian tener pues al entusiasmo universal los movimientos increíbles del espíritu y los vuelos atrevidos del genio? Con este motivo pondera el orador el talento de Archias para improvisar, y concluye refiriendo haber presenciado tales encomios de lo que este habia compuesto esmeradamente y en el silencio de la meditacion, que le parecia verle ascender hasta la gloria de los antiguos maestros. “¿Cómo pues, exclama, no querer á este hombre, cómo no admirarle, cómo no reunir las fuerzas todas de mi espíritu á fin de defenderle?”

“Grandes y eruditos escritores nos han enseñado que los demas talentos se forman por el estudio, los preceptos y el arte; mientras que el poeta lo debe todo á la naturaleza, se transporta con solo el ardor de su nùmen, y recibe, digámoslo así, la sublime inspiracion de un genio divino. No sin motivo nuestro poeta Ennio advertido por su experiencia los llamaba sagrados, como si viniesen á nosotros revestidos de un carácter celestial, y con algun presente de los dioses que les sirviese de recomendacion entre los hombres.”

“Que sea por lo mismo sagrado para vosotros, oh jueces, que sentís como nadie las delicias de la literatura, este nombre de poeta que ni la misma barbarie ha violado jamas. Las rocas y los desiertos obedecen á su voz: á la dulzura de su canto mil veces depone su ferocidad y se detiene el indomable bruto; y nosotros, ilustrados por los mejores estudios; seremos los únicos en permanecer insensibles á la voz de los poetas?”

La recomendacion que hace aquí de los poetas el orador romano, parece poco adecuada á la majestad y al tono serio de la oratoria. Parece que el orador hubiera debido ceder al Mantuano la graciosa ficcion, hablando él de un modo mas verdadero y mas persuasivo. Pero reflexionemos que Ciceron hablaba de la poesia y debia naturalmente tomar su lenguaje; que pretendia arrastrar hácia ella, no el interes ordinario de la utilidad comun, sino el acatamiento y la veneracion

que se deben al misterio; que una época en que todavia los poetas conservaban gran parte de sus prerogativas sobrehumanas, le abria campo para deslizarse un tanto á lo maravilloso; que todo este rasgo debe considerarse mas bien como una série de alusiones, que como una cadena de raciocinios: en fin, que Platon, cuyas obras eran reconocidas universalmente como un dechado perfecto de razon, de filosofia y de buen gusto, habia dado ya el ejemplo y recomendado por la boca de Sócrates el genio de la poesia, como un don sobrenatural; y el canto de los poetas, como la voz profética de un hombre inspirado.

Si se hablase hoy en que la poesia tiene un carácter muy diferente, en que lo maravilloso ha debido perder gran parte de sus encantos, y en que la mitología no puede sostener ya la verosimilitud; no recibiriamos bien un pensamiento que visiblemente alude á la conocida fábula de Orfeo y Anfion, como dice Horacio.

*Silvestres homines sacer, intérpresque Deorum
Cædibus, et victu fædo deterruit, Orpheus;
Dictus ob hoc lenire tigres, rabidosque leones:
Dictus et Amphion, Thebæanæ conditor arcis,
Saxa movere sono tertudinis, et prece blanda
Ducere quò vellet.*

Intérprete del cielo el sacro Orfeo
De la vida salvaje y mútuo estrago
Alejó con horror á los mortales;
Y por eso se dijo que su lira
Logró amansar los tigres y leones;
Cual á Amphion la fama le atribuye,
Porque de Tébas levantó los muros,
Que al eco de su cítara movia
Las piedras de su asiento, y que do quiera
Con seductor encanto las llevaba.

TRADUCCION DE MARTINEZ DE LA ROSA.

Estos versos de Horacio manifiestan, sin embargo de lo que hemos dicho, que al través de la fábula se destubre esta importantísima verdad: la poesia suaviza las costumbres, ilustra insensiblemente á los hombres; y por la melodía con que deleita el oido, predispone mejor á los pueblos á los sentimientos de humanidad: acaso esto dió motivo á la ficcion mitológica.

Dictus ob hoc lenire tigres, rabidosque leones.

Platon habia hecho la misma pintura del poeta, justificando sus ficciones como verosímiles para nosotros, puesto que para ellos constituyen la realidad, y que sienten cuanto expresan, y ven efectivamente cuanto pintan y describen. Pero veamos el rasgo en su totalidad y en esta cita reconozcamos á los grandes y eruditos escritores, de quienes habla el orador en su discurso.

“ Los cantores épicos, dice Sócrates, no deben al arte, sino á una llama celestial, á un Dios, las bellas creaciones de su genio; los líricos, á la manera de los Coribantes siempre fuera de sí mismos cuando celebran sus danzas religiosas, no cantan á sangre fria sus odas sublimes; es necesario que la armonía, que el ritmo los exalte; es necesario que una divinidad los posea. Creemos ver en ellos á esas Bacantes, que cediendo á una santa manía, van á beber la leche y la miel al caudaloso torrente: acaba su delirio, y cesan sus encantos. No nos engañan los poetas líricos cuando nos dicen todo lo que su imaginacion les presenta, cuando describen esos jardines de las Musas, esas fuentes de miel, esos ricos valles en que recogen sus versos, como las abejas volando al rededor de las flores. Sí: el poeta es una cosa ligera, volátil, sagrada; no cantará nunca sin un trasporte divino, sin un dulce furor. Léjos de él la razon fria; pues desde que pretende obedecerla, acaban los versos y enmudecen los oráculos. Solo un Dios, el Dios que subyuga su espíritu, los toma por sus ministros, por sus oráculos, por sus profetas; y al embargarles sus sentidos, quiere darnos á entender que no son ellos los autores de tantas maravillas, sino que nos las dice él mismo, haciéndose oír por su voz. Y tú, que nos recitas los versos del discípulo de los dioses, ¿no eres el intérprete de su intérprete? Dime, cuando tu voz fiel arrebatada á los que te escuchan; cuando cantas á Ulyses precipitándose en la tierra, manifestándose á los amantes de Penélope y arrojando el carcax á los pies de ellos; ó al vencedor de Hector; ó las lágrimas de Andrómaca; ó los infortunios de Hécuba y de Priamo; ¿tu razon vencida no cede al entusiasmo, y no crees asistir á lo que cuentas? ¿No ves tú á Ithaca, los muros de Ilión y todos aquellos sitios á donde te llevan tus cantos? No, tú no puedes disimularlo; en los pasajes tiernos, tus ojos se rasgan de lágrimas; en las escenas terribles y amenazadoras, se erizan tus cabellos, y tu corazón palpita en tu seno.”¹

¹ Pensamientos de Platon, traducidos en francés por Le Clerc.

El trozo que se ha leído ministró probablemente al orador romano el pensamiento con que exalta al genio de la poesía de un modo tan sublime. Esta circunstancia es muy oportuna para dar con ella una leccion importante á los que se dedican á la composicion. Léjos de avergonzarse el orador ó el poeta de tomar para sí los pensamientos de otros hombres, deben servirse de ellos, con tal que sepan ofrecerlos de un modo tan apropiado á sus ideas, que no aparezca la menor desigualdad en el estilo. ¿Qué sería del escritor, si no aprovechase los preciosos trabajos de aquellos que le han precedido en la carrera de las letras; si estuviera condenado á no enriquecer sus obras con las producciones de los otros, y á ser original, tal vez contra los principios del buen gusto? Recordemos que la novedad no consiste en las partes sino en el todo, y que la originalidad resplandece principalmente en el designio. Nada importa que todos los cuadros se resuelvan en unos mismos colores, con tal que su combinacion se nos manifieste bajo un carácter particular: nada importa que en la Eneida veamos aparecer aquí y allá los grandes pensamientos de Homero: porque, haciendo su lectura, simpatizamos irresistiblemente con Priamo y su familia; y á la vista de una ciudad exhalada entre el humo del incendio, no cantamos el himno de la victoria, sino que dejamos con lágrimas la dulce ribera, el puerto y los campos donde fué Troya.

*Littora tum patria lacrymans, portusque relinquo,
Et campos ubi Troja fuit. . . . Virg. En. Lib. 3.º*

Quando en las obras de un escritor se ven mezclados pensamientos de otros; si estos merecen el nombre de clásicos y aquel ha sabido elevar su estilo hasta la altura necesaria, para que no aparezca un contraste desventajoso á su mérito; no hai para él mayor gloria que el descubrimiento de estos plagios: porque le igualan, digámoslo así, con los grandes ingenios á quienes debe una parte de sus ideas. Cervantes gana tanto como el idioma español con que Homero en su Iliada le haya ofrecido un modelo de enumeracion descriptiva, que si no es inferior, tampoco es superior á la copia.

No pudiendo trasladar aquí toda la descripcion de Homero, por ser bastante larga, escogeré dos trozos que tienen mayor analogía con la de Don Quijote.

Trajera Néstor en noventa naves,
Y en las lides mandaba, los guerreros

De Pílos y de Arene deliciosa,
De Trio, do el Alfeo es vadeable,
Epi de hermosas casas, Ciparisa,
Anfigenia, Pteleo, Hélos y Dorio,
Lugar donde las Musas la victoria
A Támiris de Tracia disputaron; &c.

Los que en los valles del enhiesto monte
De Cilene habitaban en la Arcadia,
Patria de belicosos campeones,
No léjos del antiguo monumento
Do el rei Epito sepultado yace,
Los de Finco, Orchómeno famosa
Por sus ovejas; Ripe, Estratia, Enispe,
Expuesta de los vientos al embate,
Tegea, Mantinea deliciosa,
Entifalo y Parrasia, eran guiados
Por el potente Agapenor de Anqueo.

TRADUCCION DE HERMOSILLA.

Veamos pues ahora una descripción del mismo carácter y aun de la misma fisonomía. Después de haber recorrido Don Quijote con su mente y no con su vista las dos manadas de ovejas, que dos valientes ejércitos le parecían, para dar á conocer á Sancho los principales caudillos de ambas legiones, prosiguió diciendo: "á este cuadro frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el purísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias el dorado Pactolo; los numidas, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etiopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de sus nombres no me acuerdo. En estoto escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Bétis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre y rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los cliscos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan,

famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra."

Dejamos á la ejercitada crítica de los insignes literatos comparar á Homero con Cervántes y decidir si en estos trozos la copia ha excedido al original; para decir únicamente que si los grandes ejemplos forman un argumento decisivo, ninguno mas á propósito que este, donde vemos que no temió Cervantes remedar á Homero; y en que la lengua castellana parece disputar no solo á las modernas, sino á la misma latina, la palma de la riqueza, elegancia, facilidad, soltura, numerosidad y melodía: ninguno mas á propósito que este, para excitar á los jóvenes á familiarizarse de continuo con los clásicos, y fecundarse con sus pensamientos, presentándolos íntegros cuando se hermanen bien con sus composiciones. Pero volvamos á Ciceron.

Añade á la magnífica recomendacion de la poesía el ejemplo de varias ciudades que, como Colophon, Chio, Salamina y Smirna, se disputaban la gloria de ser patria de Homero. Unidos tan exactamente los racionios con los ejemplos, ¿no era bastante á Licinio su calidad soberana de poeta, para obtener el título de ciudadano? Pero él tiene aún otras recomendaciones mas poderosas y eficaces para un pueblo que no sea indiferente á su propia gloria. Habia cantado la guerra Cimbrica y recreado el oido de Mario, poco sensible á los hechizos de la poesía; la guerra contra Mitridates, donde Lúculo habia recogido tanto fruto de celebridad, sin embargo de algunas calamidades que no se le debian atribuir; y si la fama de estos caudillos era perteneciente á la patria, dueña era Roma de la gloria que sobre tantas proezas habia derramado tan sublime cantor. ¿No se creia ver la estatua de Ennio en el sepulcro erigido á la memoria de los Scipiones? ¿porqué pues Archías no habia de recibir su premio al lado de Mario y de Lúculo, cuyos hechos ilustres habia cantado? ¿Acaso porque Ennio escribia en latin y Archías era poeta griego? Oigamos al orador.

"Si alguno entiende que los versos griegos son ménos adecuados que los latinos para extender la gloria de los grandes hombres, incurre en un gravísimo error: porque aquellos son leídos en casi todas las naciones, al paso que los últimos se reducen á los límites, á la verdad estrechos, de la Italia. Ya pues que nuestras hazañas no reconocen

“mas términos que los del orbe, debemos anhelar porque
 “nuestra gloria y nuestras alabanzas vayan tan léjos como
 “nuestros ejércitos y nuestras victorias; y este voto, el mas
 “noble y digno de un pueblo cuyas acciones inmortaliza la
 “historia, es á la verdad el mas grande y eficaz aliciente
 “que puede ofrecerse á aquellos que por hallar la gloria
 “pasan por mil vicisitudes y afrontan los riesgos y peligros
 “que amenazan su existencia. ¡Cuántos escritores de sus
 “proezas se refiere que tenia siempre consigo el grande
 “Alejandro! Pues este mismo, á la vista del sepulcro de
 “Aquiles que visitó en Sigeo: *oh jóven afortunado, exclamó, que hallaste un Homero panegirista de tu valor!* Y
 “decia bien: porque si no hubiera existido aquella Iliada, el
 “mismo sepulcro que depositaba sus restos hubiera cubier-
 “to para siempre su gloria. Y qué, este héroe tan valiente
 “como dichoso, á quien llamamos el Grande,¹ ¿no conde-
 “coró con el derecho de ciudadano, en presencia de su ejér-
 “cito, á Teofanes de Mitylene, por haber escrito sus accio-
 “nes guerreras? Y aquellos hombres belicosos aunque rús-
 “ticos y soldados, trasportados en cierto modo con la dul-
 “zura de la gloria, y como partícipes de las alabanzas ofre-
 “cidas á su gefe, aprobaron aquella prerogativa con un gri-
 “to de universal aclamacion.”

¡Cuán dignamente recibe su lugar aquí la literatura! No bastan las mas esclarecidas proezas, no basta llevar los ejércitos hasta las extremidades del mundo: es necesario confiar la celebridad á las lenguas cultas, aquellas que han sido consagradas ya en la admiracion de los hombres con las producciones mas acabadas de la elocuencia y de la poesía. Pero nada es aquí tan sorprendente y sublime, como el espectáculo de Alejandro en el promontorio de Sigeo. ¡Alejandro, el conquistador del mundo, envidiando la muerte de Aquiles, no por su gloria militar sino por su admirable panegirista! ¡Qué triunfo tan bello para las letras! ¡Qué delicadeza tan suprema para exaltar su poder en un pueblo de guerreros! ¡Y qué dirémos de Pompeyo concediendo á Teofanes de Mitylene un derecho que se estaba disputando á Licinio! Pero ¡ah! el corazón palpita de entusiasmo, al ver el que produjeron en el alma de tantos valientes aunque rústicos las espléndidas y nobles prerogativas otorgadas al genio.

¡Qué mayor prueba pudiera presentarse á favor del acusado para alcanzarle este derecho, aun cuando no le tuviese

¹ Pompeyo.

ya concedido! “¿Se lo habria rehusado, por ejemplo, Quin-
 “to Metelo Pio, tan amigo de las alabanzas, que prestaba
 “sus oídos á los poetas cordoveses á pesar del tono rudo y
 “bárbaro de sus cantos?”

Despues que Alejandro Magno, Pompeyo con todo su ejército, Sila que dió una parte de su botín á un mal poeta que le elogiaba, Quinto Metelo Pio que prestaba gustoso el oído al rudo canto de los poetas cordoveses, le habian ofrecido á Ciceron tan brillantes ejemplos de amor á la gloria; ¿no tenia ya derecho este de invocar el testimonio de todos, y principalmente el de las almas grandes? “No debe pues
 “disimularse una cosa que léjos de poder oscurecerse ha de
 “ir constantemente delante de nosotros: todos somos arras-
 “trados por el amor de la celebridad; y las almas grandes
 “principalmente son conducidas en gran manera por la gloria. Los mismos filósofos ponen su nombre al frente de aquellos libros que escriben sobre el menosprecio de la gloria; y gustan de que se les nombre con frecuencia y se les tributen alabanzas en aquello mismo en que desprecian el nombre y la celebridad. Décimo Bruto, grande hombre y general consumado, adornó con los versos de Acio, íntimo amigo suyo, el pórtico de sus templos y monumentos; y aquel Fulvio que, llevando á Ennio consigo, combatió con los Etolios, no vaciló en consagrar á las musas los despojos de Marte. Así pues, en una ciudad en que los generales casi sobre las armas han ofrecido sus homenajes al nombre de los poetas y á los altares de las musas, los jueces togados no deben desdeñarse de honrar á las musas y de proteger á los poetas.”

“Y para que os determinéis á esto con mejor gusto, voi á franquearme, ó jueces, á vosotros, y á revelaros un estímulo de gloria tal vez demasiado vehementemente, pero sin embargo muy honesto. Cuanto habéis hecho vosotros conmigo durante mi consulado por la conservacion de esta ciudad y de este imperio, y por la vida de los ciudadanos, y por el bien general de la república, es hoy el asunto de un poema que tiene comenzado Archías. Al escuchar algunos trozos, me ha parecido tan importante el designio y tan bella su ejecucion, que no he podido ménos de exhortarle á concluir. En los trabajos y en los peligros ninguna otra merced anhela ciertamente la virtud, que las alabanzas y la gloria. Una vez quitada esta, jueces, ¿qué estímulo queda ya en la vida, tan corta y rápida carrera, para agitarnos con tan grandes trabajos? Si nada presintiese nuestra alma respecto del porvenir, y hubiera de li-

“mitar dentro de las mismas regiones en que está circunscrito el espacio de la existencia, todos sus pensamientos, el hombre no se fatigaria con ocupaciones tan penosas, ni se angustiaria con los cuidados y con las vigiliias, ni expondria tan frecuentemente su vida. Pero hai en todos los grandes hombres una virtud secreta que dia y noche los excita con los estímulos de la gloria; y parece advertir que la memoria de nuestro nombre, léjos de acabar en el mismo término de la existencia, se ha de igualar en su curso con toda la posteridad.”

“Y qué, ¡serémos de una alma tan pequeña los que luchamos en la república con tan graves tareas y peligros, que tocando ya casi al fin de nuestra carrera sin haber tenido hasta aquí un solo instante de distraccion ó de tranquilidad de espíritu, lleguemos á persuadirnos que ha de morir todo con nosotros? Cuando muchos hombres esclarecidos han dejado á su posteridad con el mayor empeño estatuas y retratos que representan las facciones del cuerpo y no las cualidades y prendas del alma, ¿no debemos nosotros con mucha mas razon dejar la imágen de nuestros pensamientos y de nuestras virtudes primorosa y perfectamente ejecutada por los mayores ingenios? Por lo que á mí toca, os diré que al tiempo mismo de poner en práctica todas las cosas que hacia, juzgaba que ellas iban á esparcirme y diseminarme en la memoria sempiterna del universo; y bien sea que este sentimiento me abandone despues de la muerte, ó bien, como lo han creído los mayores sabios, que haya de pertenecer á una parte de mí mismo, yo me deleito ahora ciertamente con este solo pensamiento, con esta sola esperanza.”

Por mucho esmero que se ponga en la version de tan excelentes pasajes, es imposible trasladarlos con la suprema energía que tanto sorprende y arrebató en el original. Es necesario sentir todo el encanto del idioma latino, para calcular la prodigiosa elevacion á que se levanta el genio de Marco Tulio al desenvolver las ideas mas sublimes á que pudo haber llegado el entendimiento en las épocas del paganismo. Sin embargo, al través de una pobre traduccion, admiramos aquí el feliz concurso de tres cosas que mui pocas veces van unidas: la razon, que ni por un instante abandona el órden natural de las ideas; la imaginacion que, desdenando todo lo abstracto, le comunica por donde quiera sus formas, lo hermosea con su colorido y le presta sus encantos; y el sentimiento, que insinuándose con extrema suavidad y penetrando sin esfuerzo hasta apoderarse insensiblemente

del corazon, le hace conceder con orgullo los tributos de la mas dulce victoria.

¡Qué lógica tan exquisita no descubrimos en el modo con que se propagan aquí las ideas del orador! Quiere sustituir al disimulo la ingenuidad sencilla, y comienza por confundir la hipocresia de los filósofos, y acaba por exaltar la noble franqueza de unos capitanes tan ilustres como Fulvio y Décimo Bruto. Sostenido por tan grandes ejemplos, no vacia ya en abrir su corazon á los magistrados, para revelarles el extraordinario interes que le inspira la causa de un poeta, que templaba ya la lira para cantar su consulado, este consulado predilecto en que miraba reconcentrada toda su gloria. Una confesion de esta naturaleza, hecha en un lugar diferente, solo habria grangeado al orador la prevencion terrible de los jueces; pero en el que ocupa es agradable para todos, pues debe mirarse como la solemne revelacion del gran pensamiento en que á la sazón estaba ocupado sin duda alguna todo el auditorio. Confundido ya el disimulo, exaltada la sinceridad, establecido el universal entusiasmo por la alabanza y el amor de la gloria que obra principalmente en las almas grandes, convencidos con tal ingenio y finura los mismos filósofos de una ambicion que descubren sin sospecharlo, con solo poner su nombre al frente de sus libros, invocado públicamente el testimonio de tantos caudillos, que á fin de apagar su sed de gloria, ofrecian los homenajes mas puros al genio de los poetas y á los altares de las musas: ¿seria reprehensible que Ciceron pidiese tambien su parte de gloria, (*meo quoddam amore gloria,*) dejando traslucir el secreto interes que le arrastraba fuertemente á la defensa de Licinio? Sin embargo, no contento con esta preparacion, se adelanta á justificarse de un modo ingeniosísimo: confiesa que su entusiasmo es vehemente, (*nimis acre fortasse*) pero sostiene así mismo que es honesto. (*verumtamen honesto.*) Todo afecto legítimo es mui digno de elogio, cuando se halla colocado en un justo medio, y mui excusable cuando se traspasan estos límites. He aquí la circunstancia de que sabe aprovecharse el orador al manifestar las ideas mas sublimes que pudiera vislumbrar en aquella época el entendimiento del hombre, al mostrar la gloria como la única recompensa de las almas grandes, y á la virtud como el título precioso y único para obtener la gloria verdadera. “Ninguna otra merced, exclama, busca la virtud en los peligros. (*Nullam enim virtus aliam mercedem laborum periculatorumque desiderat.*)” Esta palabra *mercedem* es mui significativa: corresponde con exactitud á nuestra palabra

salario, y sirve, por lo mismo, para poner en contraste las generosas tendencias de la virtud, con los ruines proyectos del interes y de la ambicion. El hombre que obra por aquel noble principio, no marcha á la guerra para verter la sangre de los vencidos, ni para volver á su pais abrumado con la carga de un rico botin: el que se halla colocado al frente de los negocios públicos, no se desvela por conservar un equilibrio político, haciendo alternativamente de tirano con unos y de esclavo con otros; porque no busca en los altos puestos, sino en la verdadera gloria, la corona de sus servicios: uniforma sin esfuerzo su conducta pública y ejercita igualmente su energia en el exterminio de los grandes crimenes y en el desarrollo y fomento de las vastas empresas: el escritor ilustre no vende su pluma á un gobierno inmoral, sosteniéndole contra la opinion de los pueblos; sino que guiado por el sentimiento del honor, ofrece un culto puro á la verdad, é invoca la libertad del pensamiento para quitar la máscara á un gabinete misterioso. Tal vez le aguarda el destierro ó el patíbulo, pero este es un tropiezo ligero que no le sirve de obstáculo para volar á la inmortalidad: he aquí la verdadera gloria estrechamente abrazada con la virtud; he aquí una recompensa mui superior á las pasiones vergonzosas que suelen mover á los hombres de estado; un pensamiento que puede ser visto como la egida poderosa de la moral pública, donde se conserva todavía la significacion verdadera de estas palabras tan dignamente empleadas por el orador romano, *la virtud y la gloria*.

Estos objetos son mui altos en sí mismos para que acaben con nosotros en la tumba: es necesario que una alma que ha sabido comprenderlos y desearlos, sea superior al tiempo y á la muerte. El alma es inmortal: dogma sublime y consolador que sostiene victoriosamente los nobles esfuerzos de la virtud en medio de todos los contratiempos y al través de todas las vicisitudes de la vida. ¿Puede darse un orden mas preciso y victorioso á las ideas, ni una marcha mas recta y constante á la demostracion de la verdad?

Si de aquí pasamos al exámen de la segunda cualidad que resplandece en estos pasajes, viene á sorprendernos una sobria y feliz imaginacion que todo lo anima sin esfuerzo, y brilla no tanto por el ornato como por una atractiva simplicidad. Para manifestar el grande aprecio que hacian de los poetas Décimo Bruto y Fulvio, dice el orador simple y elegantemente que el uno adornó con los versos de Acio el pórtico de sus templos, y que el otro no vaciló en ofrecer á las musas los despojos de Marte. La virtud aquí no es un ser

abstracto y puramente ideal, sino una persona que desea la noble recompensa de la gloria: la vida es una rápida y corta correría: su fin está expresado con los límites de una region, límites que salva el pensamiento: la inclinacion á las acciones virtuosas es una especie de genio intelectual, que dia y noche agujonea con los estímulos de la gloria: el elogio de las grandes virtudes é ilustres pensamientos es una pintura grande, exquisita y primorosamente concebida y ejecutada por el genio; y el mismo orador se convierte en una semilla fecunda, en una planta feraz que se ha de ramificar por todo el universo, y ha de germinar léjos de su tallo, y allá en la posteridad mas remota. ¿Cómo exaltar dignamente esta admirable facundia, esta imaginacion dirigida con tal arte, que parece ocultarse á nuestra vista en el instante mismo en que ostenta sus bellas y delicadas formas! Efecto es de un ingenio supremo servirse de la imaginacion con tan insigne superioridad, hacer que nos arrebate con todo el encanto de la figura y el colorido, y nos deje al mismo tiempo sondear los conceptos profundos y las ideas sublimes de la Metafísica. ¿Qué dirémos del sentimiento! Nada sino pagar un dulce tributo á los talentos de tan gran maestro con cierta especie de éxtasis y el profundo silencio de una admiracion respetuosa. ¿Qué chispa es esta tan ténue en su principio y tan fecunda y poderosa en sus resultados! ¿Porqué incomprendible magia hemos olvidado ya los derechos que se disputan á Licinio, el testimonio de Lúclea, los registros de Metelo, el solemne juramento de Heracléa, para ocuparnos única y exclusivamente en la poesia? ¿que digo en la poesia? única y exclusivamente en la gloria. Ya no es el orador el único que se exhala en estos sentimientos: son todos los magistrados; es el pueblo todo, porque esta noble tendencia es de todos los hombres, y mui particularmente de las almas grandes.

EPILOGO.

“Conservad pues, oh jueces, á un hombre de tal conducta, que la véis comprobada por la nobleza y antigüedad de sus amigos; de un genio tan vasto, cuanto es indispensable suponer para verle solicitado con el mayor entusiasmo por los primeros talentos; á un hombre, finalmente, cuyo ya causa es de tal naturaleza, que está justificada con el